



La Santa Sede

PAPA FRANCISCO

ÁNGELUS

Plaza de San Pedro

Domingo 4 de agosto de 2013

[[Multimedia](#)]

Queridos hermanos y hermanas:

El domingo pasado me encontraba en Río de Janeiro. Se concluía la [santa misa](#) y la [Jornada mundial de la juventud](#). Pienso que debemos todos juntos dar gracias al Señor por el gran don que este acontecimiento fue para Brasil, para América Latina y para todo el mundo. Fue una nueva etapa en la peregrinación de los jóvenes con la Cruz de Cristo por los continentes. No debemos olvidar nunca que las Jornadas mundiales de la juventud no son «fuegos artificiales», momentos de entusiasmo fines en sí mismos; son etapas de un largo camino, iniciado en 1985, por iniciativa del Papa Juan Pablo II. Él confió a los jóvenes la Cruz y dijo: ¡Id, y yo iré con vosotros! Y así fue. Esta peregrinación de los jóvenes continuó con el Papa Benedicto, y gracias a Dios también yo pude vivir esta maravillosa etapa en Brasil. Recordemos siempre: los jóvenes no siguen al Papa, siguen a Jesucristo, cargando su Cruz. El Papa los guía y los acompaña en este camino de fe y de esperanza. Agradezco por ello a todos los jóvenes que participaron, incluso a costa de sacrificios. Doy gracias al Señor también por los demás encuentros que mantuve con los Pastores y el pueblo de ese gran país que es Brasil, así como con las autoridades y los voluntarios. Que el Señor recompense a todos aquellos que trabajaron por esta gran fiesta de la fe. Quiero destacar también mi agradecimiento, muchas gracias a los brasileños. Buena gente la de Brasil, ¡un pueblo de gran corazón! No olvido su calurosa acogida, sus saludos, sus miradas, tanta alegría. Un pueblo generoso; pido al Señor que lo bendiga abundantemente.

Desearía pedirlos que recéis conmigo a fin de que los jóvenes que participaron en la Jornada

mundial de la juventud puedan traducir esta experiencia en su camino cotidiano, en los comportamientos de todos los días; y que puedan traducirlos también en las opciones importantes de vida, respondiendo a la llamada personal del Señor. Hoy en la liturgia resuena la palabra provocadora de Qoèlet: «¡Vanidad de vanidades; todo es vanidad!» (1, 2). Los jóvenes son particularmente sensibles al vacío de significado y de valores que a menudo les rodea. Y lamentablemente pagan las consecuencias. En cambio, el encuentro con Jesús vivo, en su gran familia que es la Iglesia, colma el corazón de alegría, porque lo llena de vida auténtica, de un bien profundo, que no pasa y no se marchita: lo hemos visto en los rostros de los jóvenes en Río. Pero esta experiencia debe afrontar la vanidad cotidiana, el veneno del vacío que se insinúa en nuestras sociedades basadas en la ganancia y en el tener, que engañan a los jóvenes con el consumismo. El Evangelio de este domingo nos alerta precisamente de la absurdidad de fundar la propia felicidad en el tener. El rico dice a sí mismo: Alma mía, tienes a disposición muchos bienes... descansa, come, bebe y diviértete. Pero Dios le dice: Necio, esta noche te van a reclamar la vida. Y lo que has acumulado, ¿de quién será? (cf. *Lc* 12, 19-20).

Queridos hermanos y hermanas, la verdadera riqueza es el amor de Dios compartido con los hermanos. Ese amor que viene de Dios y que hace que lo compartamos entre nosotros y nos ayudemos. Quien experimenta esto no teme la muerte, y recibe la paz del corazón. Confiemos esta intención, la intención de recibir el amor de Dios y compartirlo con los hermanos, a la intercesión de la Virgen María.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Os saludo a todos y os doy las gracias por vuestra presencia, a pesar del calor.

Me alegra saludar en especial a algunos grupos juveniles: la Juventud carmelita de Croacia; los jóvenes de Sandon y Fossò, diócesis de Verona; los de Mozzanica, diócesis de Cremona; los de Moncalieri, que hicieron un tramo del camino a pie; y los de Bérgamo, que vinieron en bicicleta. ¡Gracias a todos! Son numerosos los jóvenes en la plaza: ¡esto parece Río de Janeiro!

Deseo asegurar un recuerdo especial para los párrocos y para todos los sacerdotes del mundo, porque hoy es la memoria de su patrono: San Juan María Vianney. Queridos hermanos en el sacerdocio, estamos unidos en la oración y en la caridad pastoral.

Mañana los romanos recordamos a nuestra Madre, la *Salus Populi Romani*: le pedimos a Ella que nos proteja; y ahora todos juntos la saludamos con un Avemaría. Todos juntos: «Avemaría...». Un saludo a nuestra Madre, todos juntos un saludo a la Madre.

Me complace recordar la fiesta litúrgica de la Transfiguración, que será pasado mañana, con un pensamiento de profunda gratitud por el venerable Papa Pablo VI, que marchó de este mundo la tarde del 6 de agosto de hace 35 años.

Queridos amigos, os deseo un feliz domingo y un buen mes de agosto. ¡Buen almuerzo! ¡Hasta la vista!